

El adulto pesa, por término medio, 70 kilogramos. De esta suma, corresponden 52 kilogramos de agua á la sangre y á la carne. Analice la substancia de nuestro cuerpo, y hallará albúmina, fibrina, caseína y gelatina; es decir, substancias orgánicas compuestas en su origen por estos cuatro gases esenciales: oxígeno, ázoe, hidrógeno y ácido carbónico. Hallará también substancias desprovistas de ázoe, como la goma, el azúcar, el almidón y los cuerpos grasos. Estas materias pasan igualmente por nuestro organismo; el carbono y el hidrógeno que traen se consumen por el oxígeno que respiramos, y salen bajo la forma de agua y ácido carbónico.

El agua, como vd. sabe, es una combinación de dos gases; oxígeno é hidrógeno; el aire, mezcla de dos gases: oxígeno y ázoe, á los cuales se agregan, bien que en proporciones débiles, agua bajo la forma de vapor, ácido carbónico, amoniaco, ozono, que no es otra cosa que oxígeno condensado, etc.

Así, pues, nuestro cuerpo está compuesto de gases transformados.



—Pero, me interrumpió mi acompañante, no vivimos sólo de aire. En ciertas horas que el estómago nos indica, agregamos algunos suplementos que tienen valor real: ala de faisán, filete de lenguado; un vaso de Chateau-Laffitte, champagne; y, según el gusto de cada cual, espárragos, uvas, duraznos

—Sí; todo eso corre á través de nuestro organismo renovando los tejidos con gran rapidez; porque en algunos meses—no en siete años como antes se creía—nuestro cuerpo se renueva por completo. Vuelvo á ese encantador que vimos hace un momento. Toda esa carne que admirábamos hace un momento, no existía tres ó cuatro meses atrás; esos hombros, ese rostro, esos ojos, esa boca, esos brazos, esa cabellera y hasta las uñas; todo ese organismo no es más que una corriente de moléculas, una llama renovada sin cesar, un río que se contempla durante la vida entera, pero en el que no se mira nunca la misma agua. Todo es gas asimilado, con

densado, modificado; sobre todo, aire. Los huesos ahora sólidos, se formaron insensiblemente, ó insensiblemente se solidificaron. No olvide que nuestro cuerpo está compuesto de moléculas invisibles que no se tocan y que se renuevan sin cesar.

En la mesa se nos sirven, en efecto, legumbres ó frutos; somos vegetarianos, absorbemos sustancias recogidas casi siempre en el aire: este durazno es aire y agua; aquella pera, esas uvas, esta almendra son también aire y agua, más algunos elementos gaseosos ó líquidos traídos por la savia, por el calor solar, por la lluvia. Espárrago ó lechuga, chícharo ó achicoria, todo vive en el aire y por el aire. Lo que da la tierra, lo que va á buscar la savia, son gases, gases siempre los mismos: ázoe, oxígeno, hidrógeno, carbono.

¿Se trata de un bifeck, de una ala de pollo, de una *vianda* cualquiera? Pues la diferencia no es considerable. El carnero, el buey se nutrieron con yerbas. ¿Gustamos de una perdiz con coles, de un pavo trufado, de un estofado de liebre, de una codorniz asada? Pues estas sustancias tan diversas en apariencia, sólo son vegetales transformados, vegetales que á su vez, sólo son moléculas agripadas

cuyos átomos procedieron de los gases ya dichos: moléculas y átomos, casi imponderables, y por lo mismo, absolutamente invisibles á la simple vista.

Así, cualquiera que sea el género de alimentación, nuestro cuerpo se forma, se desarrolla, se sostiene, por la absorción de las moléculas adquiridas y por la respiración: la alimentación, en suma, es una corriente renovada incesantemente en virtud de esta asimilación que dirige, regula y organiza la fuerza inmaterial que nos anima, y á la cual podemos en verdad, concederle el nombre de alma. Agrupa los átomos que le convienen, ilumina los que son inútiles, y, partiendo de un punto imperceptible, de un germen que escapa á la mirada, informa junto á la Venus del Capitolio, el Apolo del Belvedere. Comparado con esta fuerza íntima y misteriosa, *Phidias* es un tosco imitador.

Cuenta la Mitología que *Pygmalion* se tornó en amante de la estatua que creó. Error! *Pygmalion*, *Praxiteles*, *Miguel Angel*, *Benvenuto*, *Canova*, crearon sólo estatuas; más sublime es la fuerza que sabe crear el cuerpo vivo del hombre y de la mujer.

Pero esta fuerza es inmaterial, invisible,

imponderable, como la atracción que mece á los mundos en la melodía universal; y el cuerpo por material que nos parezca en sí mismo no es otra cosa que una agrupación harmónica formada por la atracción de esta fuerza interior. Vea vd. pues, que quedo estrictamente dentro de los límites de la ciencia positiva cuando dije que esa joven es una alma vestida de aire.



Desde el origen de la humanidad hasta estos últimos siglos, se ha creído que la sensación era percibida allí donde se la experimentaba. Aceptábase que un dolor sufrido en el dedo, radicaba en el dedo mismo. Todavía lo creen los niños y muchas personas; pero la Fisiología ha demostrado que la impresión se trasmite desde el dedo hasta el cerebro, mediante el sistema nervioso. Si se corta el nervio, se puede quemar el dedo impunemente, la parálisis es completa. Aun se ha determinado el tiempo que emplea la impresión para transmitirse desde un punto cualquiera

del cuerpo hasta el cerebro, y se sabe que la velocidad de esta trasmisión es casi de 28 metros por segundo. Luego la sensación se refiere al cerebro; pero no se ha ido tan adelante como era de esperarse.

El cerebro es materia como el dedo, y como él materia inestable; esencialmente tornadiza, rápidamente variable y que jamás forma una identidad.

No existe, no puede existir en toda la masa encefálica, un lóbulo, una celdilla, una molécula que no cambie. Una cesación de movimiento, de circulación, de transformación, sería una sentencia de muerte. El cerebro no subsiste, no siente, sino con la condición de sufrir como el cuerpo todo, esas transformaciones incesantes de la materia orgánica que constituyen la vida.

No está, pues; no puede estar en determinada materia cerebral, en determinada agrupación de moléculas, la residencia de nuestra personalidad, de nuestra identidad, de nuestro yo individual, de nuestro yo que adquiere y conserva un valor personal, científico y moral, susceptible de crecer con el estudio; de nuestro yo que es y se siente responsable de los actos que verificó hace un mes, un año,

diez, veinte, cincuenta; duración en la cual el agrupamiento molecular más íntimo cambió varias veces.

Los fisiologistas que afirman que el alma no existe se parecen á aquellos antepasados suyos que aseguraban sentir el dolor en un dedo, en un pie. Están un poco menos lejos de la verdad, pero al detenerse en el cerebro y al hacer residir allí el sér humano, se detienen en el camino: hipótesis tanto menos excusable cuanto que esos mismos fisiologistas saben perfectamente que la sensación personal va acompañada siempre de una modificación de la sustancia. Con otras palabras: el yo del individuo no persiste sino cuando deja de persistir la identidad de su materia.

Nuestro principio de sensibilidad no puede ser, entonces, un objeto material; le ponen en relación con el Universo, las impresiones cerebrales, las fuerzas químicas desprendidas en el encéfalo á raíz de combinaciones materiales. Pero es *distinto*.

Bajo la dirección de un principio psíquico se transforma perpétuamente nuestra constitución orgánica.



Tal molécula que está ahora incorporada á nuestro organismo, habrá de escaparse por la espiración, por la transpiración, etc., habrá de pertenecer á la atmósfera durante un tiempo mas ó menos prolongado, y después volverá á incorporarse á otro organismo, planta, animal ú hombre.

Las moléculas que actualmente constituyen su cuerpo no integraban todas ayer la persona, y ninguna estaba hace unos cuantos meses. ¿Dónde se hallaban? Quizás en el aire, acaso en otro cuerpo. Todas las moléculas que forman ahora los tejidos orgánicos de usted, sus pulmones, sus ojos, su cerebro, sus piernas, etc., sirvieron ya para formar otros tejidos orgánicos.

Somos muertos resucitados, contruidos con el polvo de nuestros antepasados. Si resucitaran todos los hombres que vivieron hasta hoy, habría, en la superficie entera de los continentes, cinco por cada pie cuadrado, obligados para tenerse á trepar los unos sobre los

otros; pero no podrían resucitar íntegros, porque muchas moléculas pasaron sucesivamente por varios cuerpos. De igual manera, nuestros órganos actuales, divididos un día en sus últimas partículas, se hallarán incorporados á nuestros sucesores.

Cada molécula de aire atraviesa, pues, de vida en vida, y sale de ellas de muerte en muerte: viento, onda, animal ó flor, á su vez se incorpora sucesivamente á la substancia de innumerables organismos. Fuente inagotable en donde todo lo que vive toma aliento, el aire es también un recipiente inmenso donde todo lo que muere arroja su último suspiro: bajo su absorción, vegetales y animales, organismos diversos, nacen y luego perecen. La vida y la muerte están á la par en el aire que respiramos, y una á otra se suceden perpetuamente por el cambio de moléculas gaseosas; la molécula que se exhala de ese viejo encino volará á los pulmones del niño que duerme en la cuna; el último aliento del moribundo va á tejer la brillante corola de la flor ó á derramarse como una sonrisa sobre la pradera verdeante; y así, por un encadenamiento infinito de muertes parciales, la atmósfera ali-

menta incesantemente la vida univerversal desplegada en la superficie del mundo.

Y si imaginara usted alguno otra objecion, agregaría, yendo más lejos, que hasta nuestros vestidos, al igual de nuestros cuerpos, están compuestos de sustancias que, primitivamente, fueron todas gaseosas. Tome este hilo, tire de él ¡qué resistencia! ¡Cuántos tejidos, batistas, sedas, lanas, algodones, formó la Industria con estas tramas y con estas cadenas! Y ¡qué son estos hilos de cáñamo, de lino ó de algodón? Glóbulos de aire yuxtapuestos y sujetos entre si por su fuerza molecular. ¿Qué es un hilo de seda ó de lana? Otra yuxtaposición de moléculas.

Convenga usted, pues, en que aún nuestros vestidos no son más que aire, gas, sustancias extraídas en principio de la atmósfera, oxígeno, ázoe, carbono, vapor de agua, etc.



—Veo con felicidad, repuso el pintor que el Arte no está tan lejos de la Ciencia como se supone en ciertas esferas; Si para usted esa teoría es puramente científica, para mí es arte

y del mejor. Además ¿existen por ventura en la Naturaleza todas esas distinciones? No hay en la Naturaleza, ni Arte, ni Ciencia, ni Pintura, ni Escultura, ni Música, ni Decoración, ni Física, ni Química, ni Astronomía, ni Mecánica, ni Meteorología. Vea usted ese cielo, ese mar, esos contrafuertes de los Alpes, esas nubes sonrosadas del crepúsculo, esas perspectivas luminosas de Italia: todo eso es uno. Todo es uno. Y puesto que la Física molecular nos demuestra que ya no hay cuerpos, y que en una barra de acero ó aún de platino, los átomos no se tocan, quédennos al menos las almas, nada se perderá con ello.

—Sí, es un hecho contra el cual ningún prejuicio puede prevalecer que los seres vivos son almas vestidas de aire. . . . Compadezco á los mundos desprovistos de atmósfera.



Volvíamos después de un largo paseo á orrillas del mar, no lejos de nuestro punto de partida, cuando al pasar por frente al almenado muro de una villa, y con rumbo de

Beaulieu al cabo Ferrat, cruzaron dos damas vestidas muy elegantemente. Eran la duquesa de V. . . . y su hija, á quienes habíamos encontrado el jueves anterior en el báile de la Prefectura. Las saludamos y desaparecimos bajo los olmos.

Curiosa hija de Eva, la joven se volvió hacia nosotros, y me pareció que un rubor súbito purpuró su rostro. Sin duda el reflejo del Sol poniente.

—¿Cree usted quizás, dijo el artista, volviéndose también, que ha disminuido mi admiración por la belleza? Nó, la aprecio mucho más, saludo en ella la harmonía y ¡lo confesaré! el cuerpo humano, considerado así, como la manifestación sensible de una alma directora, me parece que adquiere más nobleza, más hermosura y más luz.

GEORGES SPERO.

La narración que seguirá es un recuerdo juvenil que evidencia la fase de mayor felicidad y, no obstante, la más agitada en la vida de un pensador, arrebatado antes de que hubiera podido dar á la ciencia todos los descubrimientos de su genio tan original.

La ofrezco á aquellos que ignoran el porvenir, á aquellos cuyo espíritu no se satisface ni con las afirmaciones de *la fe*, ni con las negativas de la ciencia: á todos aquellos que investigan.

El mérito principal de este episodio es presentar con una luz especial algunos aspectos del gran problema ante el cual se borran todas las demás cuestiones humanas. Quizá por esto merezca la atención de los lectores que en ciertas horas de calma olvidan mundanas agitaciones y piensan, buscan y sueñan.

I

LA VIDA.

Flotaba en la atmósfera, la ardorosa luz de la tarde, como una prodigiosa irradiación de oro.

Desde las alturas de Passy, tendíase la vista sobre la inmensa ciudad que entonces mejor que nunca, no era una ciudad sino un mundo.

La Exposición Universal de 1867 reunía en aquel París imperial todos los atractivos y todas las seducciones del siglo. Allí brillaban las flores de la civilización con sus colores más vivos y allí se consumían en el ardor mismo de su perfume, muriendo en plena fiebre de adolescencia.